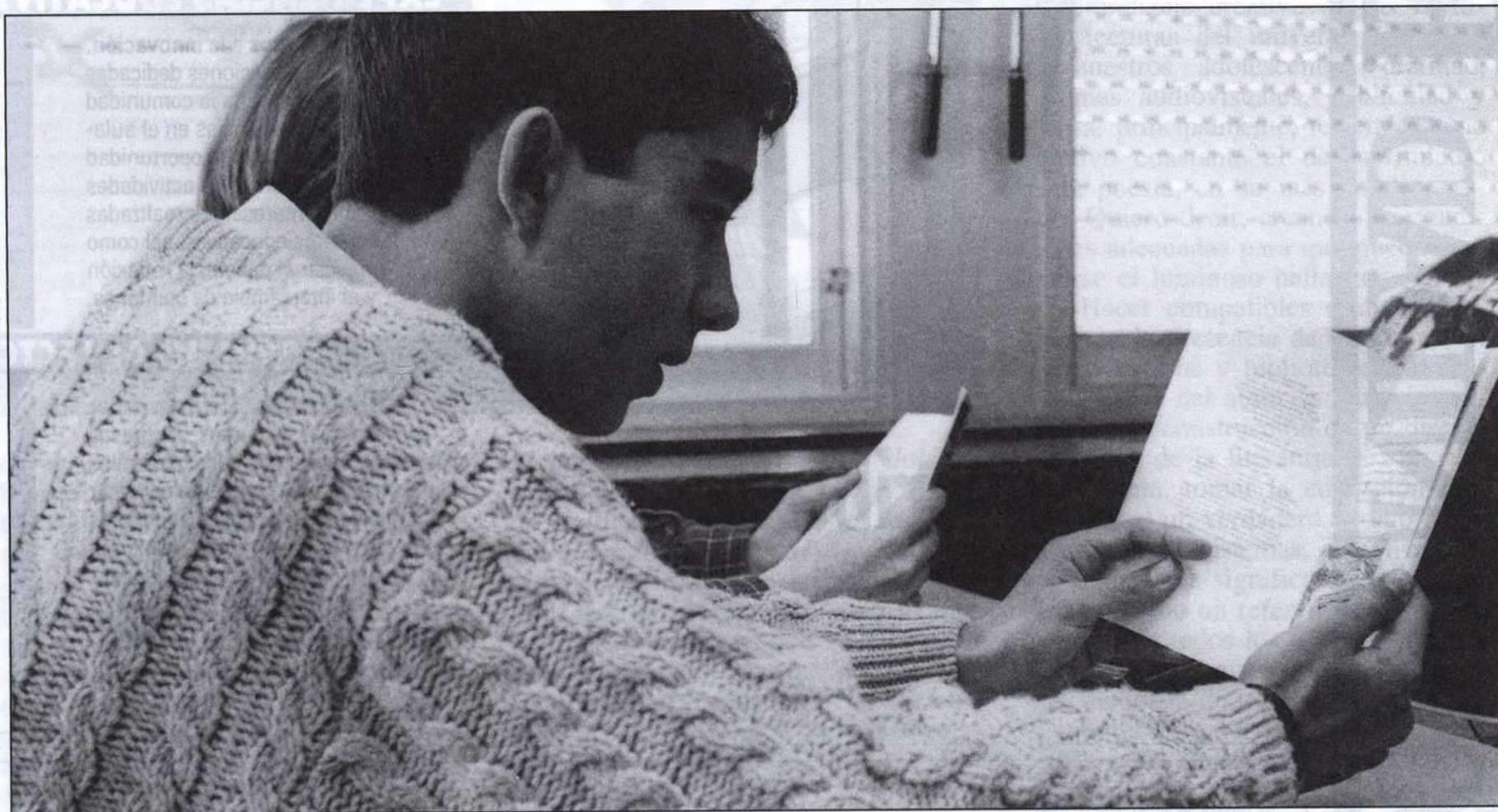


EN TEORÍA

# ¿Por qué literatura juvenil?

por Andreu Martín\*



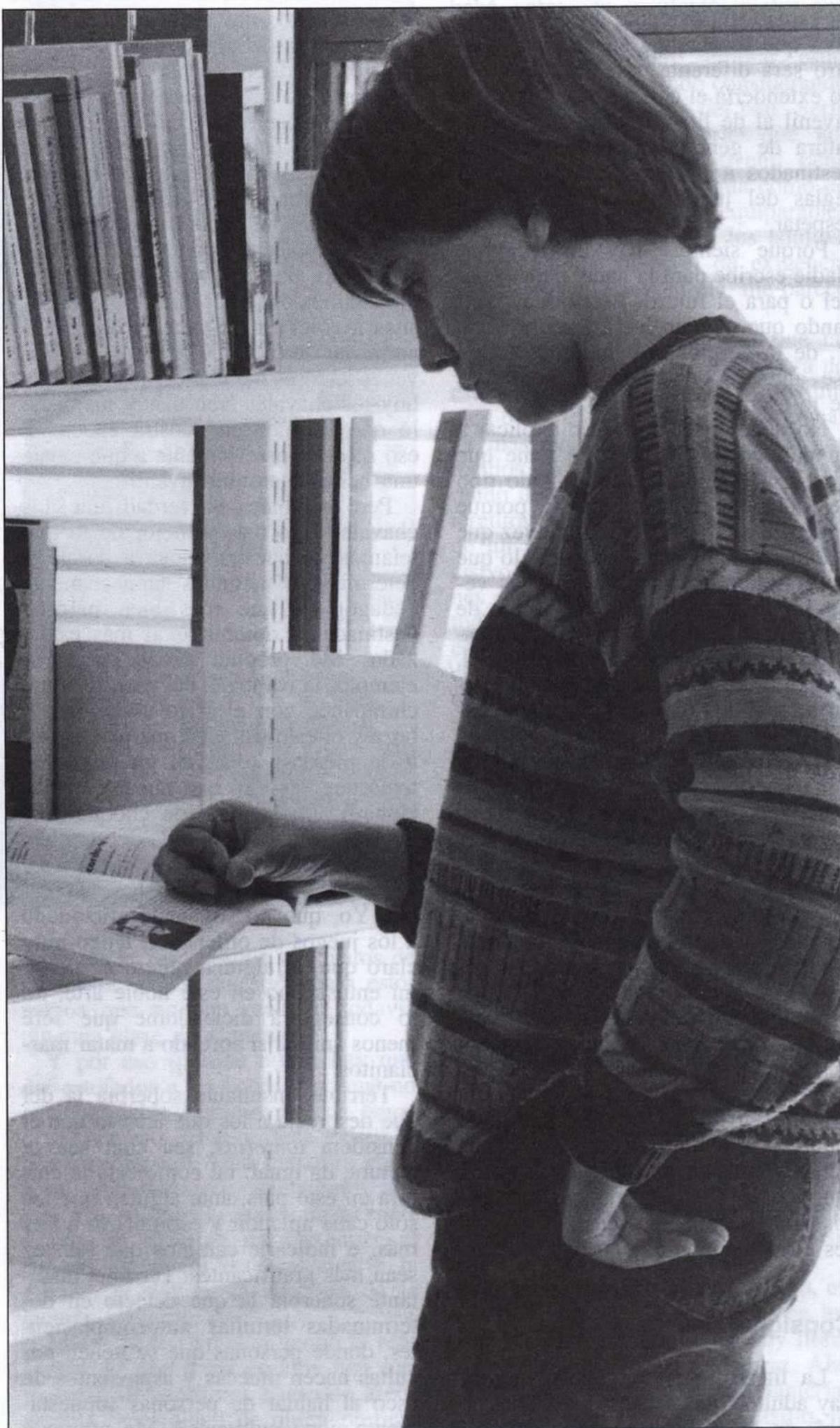
*Con apasionamiento, Andreu Martín defiende la necesidad de que exista no sólo una literatura juvenil, sino también otras muchas literaturas, llámense literatura popular, literatura de género o literatura de fácil digestión, escritas para un público concreto, con la intención de crear adeptos y mantener su fidelidad a la lectura. Conocer las expectativas de los lectores y no considerar pecado satisfacerlas deberían ser las consignas que guiaran la labor de autores y editores. Ocurre en países cultos, ¿por qué no en España?, se pregunta Martín.*

**H**ay muchas maneras de escribir, como hay muchas maneras de leer. La actitud del escritor no es la misma cuando aborda un cuento infantil, que cuando escribe un ensayo o una novela policíaca. De la misma forma que el lector adopta —o debería adoptar— una actitud mental distinta ante la lectura de un tratado de ingeniería genética o de una novela erótica.

Los críticos suelen responsabilizarse en un porcentaje ínfimo de la clasificación de los libros para su estudio. En mayor medida, esa clasificación corre a cargo de los editores, que son quienes deciden qué libros van a qué colección y etiquetan así las obras desde el nacimiento. Cuántos libros que jamás se pretendieron policíacos se han visto integrados misteriosamente en los tratados de novela de este género, sólo porque el experto resolvió meterlos en la colección en un momento de frivolidad. Cuántas novelas de público minoritario y selecto fueron a parar a una colección de *best-sellers*. Cuántos libros que repugnan a los jóvenes han ido a parar a colecciones juveniles sólo porque el erudito de la colección los leyó cuando tenía pocos años, y cuántos libros que deberían estar en colecciones juveniles no lo están porque son considerados clásicos, o demasiado serios, o bien demasiado buenos para caer en sacos a veces considerados denigrantes.

### **Escribir para un público concreto**

No obstante, la actitud más decisiva a la hora de clasificar un libro suele corresponder al autor. Dijo una vez Soledad Puértolas en mi presencia (y desde entonces me he apropiado de su frase y la suelto con frecuencia, siempre citando a la autora) que la diferencia entre la literatura juvenil y la de adultos radica en que, cuando uno escribe para jóvenes, está teniendo en cuenta a un auditorio, y que, en cambio, cuando uno dice escribir para adultos, lo hace en realidad para sí mismo, como si estuviera delante de



ANA PEYRÍ.

un espejo. Es evidente que el tipo de obra que se obtenga en un caso y en otro será diferente, por definición. Y yo extendería el concepto de literatura juvenil al de literatura popular y literatura de género, que son mensajes destinados a públicos concretos, con reglas del juego y complicidades a respetar.

Porque siempre hay un receptor. Nadie escribe para la nada, para el papel o para el futuro. Escribimos pensando que alguien leerá nuestra obra. Y, de la definición o indefinición de ese alguien, dependerá el marbetaje de lo escrito.

No debería ser necesario explicar a un público adulto por qué tiene que existir la literatura juvenil. Todo tipo de literatura existe porque sí, porque a alguien se le ocurrió alguna vez que a alguien le podía interesar leer lo que él escribiera. En cambio, muchas veces me he sentido en la obligación de explicar al público joven por qué escribo pensando específicamente en él. Como si temiera que podían interpretar mi actitud como ofensivamente paternal. «Vamos a escribir algo fácil para estos pobres alelados que no saben nada de la vida.» O bien: «Vamos a escribir literatura *apta para todos los públicos*, no sea caso que se nos aficionen al porno duro». Nunca fueron necesarias mis explicaciones ante los adolescentes. Al contrario de lo que sucede con el cine, ámbito en que resultan mucho más atractivas las películas de adultos que las que les son especialmente dedicadas, el destinatario de las novelas juveniles agradece la atención del autor. Nunca necesitaron, pues, los jóvenes de mis explicaciones, pero yo se las di. Y, en cambio, hoy sí parece importante aclarar conceptos ante los adultos, atendiendo a según qué afirmaciones disparatadas que se escuchan referentes a las lecturas iniciáticas.

### Consigna: leer

La literatura juvenil existe porque hay adultos que tienen un especial interés en difundir la afición, la pasión por la lectura. Suelo explicarles a los

chicos, cuando voy a dar charlas a los colegios, que si alguno de sus compañeros les dijera que no les gusta el cine, primero se sorprenderían y luego probablemente tratarían de aficionarlos llevándolos a ver películas especialmente emblemáticas o adecuadas a sus preferencias. Yo pertenezco a la pandilla de adultos interesados por difundir el placer de la lectura y estoy satisfecho, porque creo que nos estamos saliendo con la nuestra. Las visitas a colegios de toda España y las animadas tertulias sostenidas con jóvenes lectores me han demostrado que hoy los chavales leen más y mejor de lo que leíamos en nuestra época. Y eso se debe precisamente a que existe una buena literatura juvenil.

Pero también es verdad que los chavales leen más y mejor de lo que leíamos en nuestra época a pesar de determinadas actitudes supuestamente pedagógicas que más bien parecen destinadas a desanimar al más esforzado. Me produjo escalofríos, por ejemplo, la campaña del mono. Aquel chimpancé con el libro sobre la cabeza y el eslogan: «Tú que puedes, no te lo pierdas» (que, en un principio, tenía que ser «Tú que puedes, evolucionar»). Tratamiento de choque. Terrible, insultante, soberbia del que lee, que se considera más evolucionado, *menos animal* que el pobre que no lee. Yo, que no soy nada aficionado a los juegos de ordenador, tengo muy claro que, si alguien quiere despertar mi entusiasmo en este noble arte, no lo conseguirá diciéndome que seré menos animal si aprendo a matar marcianitos.

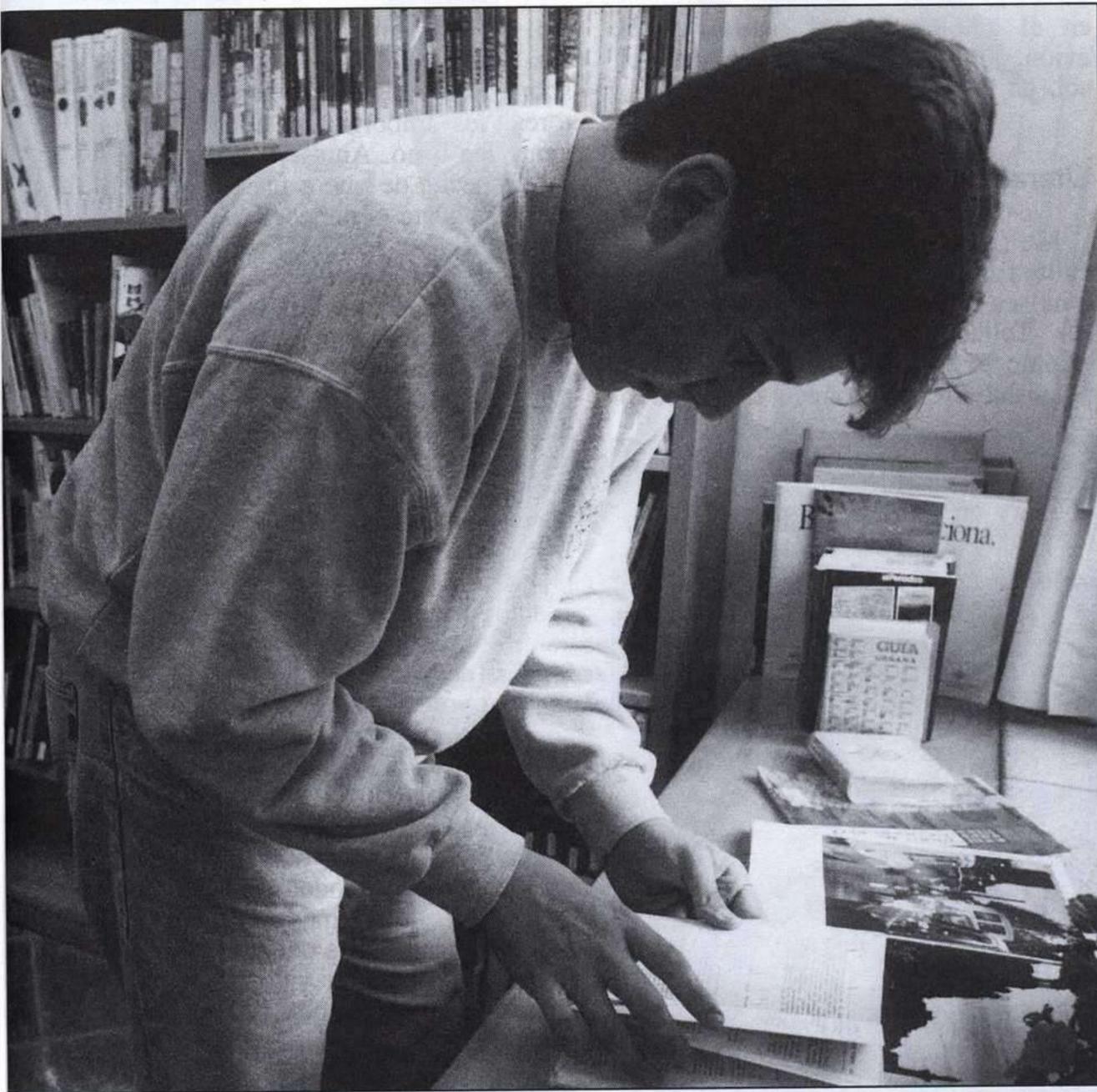
Terrible, insultante soberbia la del que desprecia a los que leen lo que él considera *tonterías*, sea cual sea la lectura, da igual: tal como está la cultura en este país, ante alguien que lee sólo cabe aplaudir y estimularlo a leer más, e indicarle caminos que tal vez sean más gratificantes. Terrible, insultante soberbia la que detecto en determinadas tertulias autocomplacientes, donde personas que se tienen por cultas hacen muecas y aspavientos de asco al hablar de personas supuestamente poco cultivadas. Me atrevo a decir que, en este país, hay demasiada



gente para quien el disfrute de la cultura implica la deliciosa sensación de pertenecer a una elite, a un tipo de aristocracia que, como todas las aristocracias, obtiene el principal placer de saberse minoría y superior. No hay nada tan desalentador para el curioso que se aproxima a los libros como el tono en que algunos preguntan: «Pero, ¿tú no has leído *Madame Bovary*?». Recordemos la tragedia de Zelig, que se precipitó a un terrible infierno personal porque no se atrevía a confesar que nunca leyó *Moby Dick*.

### La literatura cómplice

Hay educadores que parecen creer que hay cuatro libros imprescindibles



ANA PEYRI.

en la historia de la literatura y que basta con haber leído esos cuatro para forjarse una cultura, y recomiendan esas obras maestras a sus alumnos como si pensarán que, si luego el chico no vuelve a leer nada más nunca más, ya no importa.

Qué peligrosos son los clásicos. Yo no descarto que haya chicos que disfruten como locos con el *Lazarillo*, o el *Buscón*, o incluso con el *Quijote*, y felices ellos, pero eso no es lo más común en esta sociedad donde los lectores son tan escasos. Los clásicos ofrecen demasiadas dificultades para quien no sólo no está avezado en el terreno de la lectura, sino que se ve acosado por infinidad de otras tentaciones que prometen y proporcionan gratificaciones mucho más inmediatas. Como se

suele decir, los clásicos son platos de fabada de difícil digestión para estómagos que no han recibido todavía ninguna clase de alimento.

Y por eso (porque nunca hay que dar estofados a los bebés y porque no es aconsejable desayunarse con *bourbon*), por eso existe y debe existir la literatura juvenil. Una literatura cómplice, elaborada con intenciones que van más allá de la autocomplacencia y con un objetivo muy preciso: el de seducir al no-lector y crearle la afición, la pasión, la adicción de la lectura.

Mientras escribo esto, tengo la sensación de que a mi espalda hay una multitud de escritores haciendo ascos ante la proximidad de quien prefiere cocinar inofensivas papillitas para

bebé, antes que succulentos platos que deberían revolucionar la historia de la gastronomía. Prefiero ignorar estas reacciones, que continúo considerando nefastas para la cultura del país. Sería inútil tratar de demostrarles que, actualmente, la literatura juvenil tiene unos niveles, tanto de forma como de contenido, sobradamente equiparables a la literatura dedicada a los adultos. Insisto en que el nivel de exigencia de los jóvenes, hoy en día, me parece ejemplar.

Y esto me lleva a pensar que tal vez el problema de nuestra cultura no esté ya tanto en sus raíces, en los inicios de la educación, como en etapas ya más avanzadas. Lamento que los medios de comunicación estén ignorando de una forma sistemática la literatura juvenil, porque eso nos priva de un análisis que habría de ser decisivo para el estudio de las limitaciones de la macrocultura del país. En todo caso, es evidente que a los chicos les debe de resultar muy sospechoso ese interés de sus mayores por despertar en ellos el gusto por la lectura cuando, esos mismos mayores, no abren un libro ni por equivocación. No resulta extraño que, a la larga, una vez abandonado el Instituto, dejadas atrás las lecturas obligatorias, el joven abandone la lectura, al verse abocado a un mundo donde esa afición no es tema de conversación habitual.

### Conocer las expectativas del usuario

Me pregunto si lo que necesita nuestra cultura no es precisamente aplicar la experiencia de la literatura juvenil al público adulto. Esto es: producir obras que tengan en cuenta al lector, con ánimo de seducirlo, de obtener su complicidad, de crear en los padres el entusiasmo que ya estamos consiguiendo crear en sus hijos.

Es el invento de la sopa de ajo, en realidad, porque eso ya existe en los países realmente cultos. No hay librería de Francia, Italia, Inglaterra, Alemania que no disponga de estanterías repletas de colecciones de bolsillo, libros de usar y tirar, para disfrute de

un público incondicional. Son colecciones que se nutren de títulos que no tienen que anunciarse porque la misma colección es garantía de satisfacción garantizada, porque los autores y el editor conocen perfectamente las expectativas del lector y no consideran pecado satisfacerlas.

Literatura popular. Literatura de género. Literatura de fácil ingestión y digestión, escrita con la intención de crear adeptos y mantener su fidelidad a la lectura. Literatura fácil para leer

en el autobús, en el metro, en el avión, junto a la piscina tomando el sol, en la cama antes de dormirse.

### Literatura popular: sí, gracias

Me parece muy sospechosa una cultura cuya literatura popular autóctona sea representada todavía por Corín Tellado o Lafuente Estefanía. ¿Cómo es posible que el producto popular haya evolucionado tan poco o

tan nada? La única respuesta que se me ocurre es que a los intelectuales, sobre todo a los escritores y a los editores, les importa un bledo que la gente lea o no. Antes ya he apuntado mi sospecha de que a más de uno incluso le gusta pertenecer a la minoría selecta de los lectores, pero que eso lo piensen los escritores y editores me parece un absoluto contrasentido que se escapa a mi comprensión.

Quiero que quede claro que no estoy haciendo un alegato en contra de nada. Por extraño que pueda parecer, en este nuestro caldo de cultivo donde la propia reafirmación siempre y sólo parece poder pasar por la negación y el rechazo. Estoy convencido de que la cultura de un país será más rica cuanto más abierta esté a todas las manifestaciones posibles, sin caer en fáciles (des)calificaciones de obras de primera y de segunda para ciudadanos de primera y de segunda. Novela de género o novela de autor, novela juvenil o para adultos, clásicos o moderneces, experimentación o convencionalismo, poesía o teatro, cine y televisión. Nada de todo ello es *a priori* mejor ni peor, ni más digno ni más indigno. Cada faceta del arte tiene una función que cumplir y la cumple.

Y, en nuestro ámbito cultural, falta literatura popular. Es un hueco que, de momento, sólo llenan las novelas de a duro (que ya deberían de haberse jubilado hace años), y los *best-sellers* norteamericanos, auténtica literatura escrita a la medida de un público... norteamericano. Ya va siendo hora de que aquí empecemos a escribir literatura escrita a la medida del lector español.

Hay que hacer literatura que cuente lo que la gente echa de menos que le cuenten.

Si creemos que vivimos en un país donde se lee poco y de verdad nos parece que tendríamos que ampliar el número de lectores, ése es uno de los caminos que, a mi parecer, deberíamos seguir para lograr nuestro propósito. ■

ANA PEYRI.

\* Andreu Martín es escritor.

